

Remendar con el agua en tiempos precarios: la frontera rururbana del valle de Atriz (municipio de Pasto, Colombia)

*To Patch with Water in Precarious Times: The Rural-Urban
Frontier of the Atriz Valley (Pasto Municipality, Colombia)*

*Reparando com água em tempos precários: a fronteira rural-urbana
do vale de Atriz (município de Pasto, Colômbia)*

Recibido: 29/05/2025 • Aprobado: 11/02/2026 • Publicado: 01/05/2026



Tatiana Lopera Lopera

Flacso, Quito, Ecuador / Iadap, Universidad de Nariño, Pasto, Colombia

tlopera4@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0007-7316-6895>

Jorge Andrés Perugache Salas

Iadap, Universidad de Nariño, Pasto, Colombia

andresperugache@udenar.edu.co

<https://orcid.org/0000-0001-5142-4194>

Resumen

La historia del valle de Atriz y las relaciones de las poblaciones que allí han habitado han estado mediadas por el agua. Esto ha dado pie a encuentros solidarios, pero también a tensiones que se han intensificado en la última década por la construcción de la Variante Oriental de Pasto. Basados en una investigación colaborativa y el acompañamiento a gestores comunitarios, en este artículo rastreamos etnográficamente cómo los habitantes del alto valle de Atriz persisten en el manejo comunitario del agua pese a la desconexión de sus sistemas de riego y acueductos. Destacamos cómo los conocimientos y técnicas para el arreglo y mantenimiento de las conexiones del agua, a la vez que sentidos materiales, expresan sentidos asociados al cuidado y la cooperación tejidos en colaboración con el agua, los cuales escapan a los criterios de eficacia y eficiencia mercantiles.

Palabras clave: gestión comunitaria del agua, carretera, desconexión, relación urbano-rural, remiendo, Pasto

Abstract

The history of the Atriz valley and the relationships between the populations who have lived there have been mediated by water. This has led to encounters of solidarity, but also to tensions, which have been intensified in the last decade due to the construction of the Variante Oriental de Pasto (Colombia). Based on collaborative research and support for community leaders, in this article we ethnographically trace how the inhabitants of the upper Atriz valley persist in community water management, despite being disconnected from their irrigation and aqueduct systems. We highlight how the knowledge and techniques for repairing and maintaining water connections, as well as material senses, express meanings associated with care and cooperation woven in collaboration with water, which escape the criteria of commercial effectiveness and efficiency.

Keywords: community water management, road, disconnection, urban-rural relationship, patch, Pasto (Colombia)

Resumo

A história do vale de Atriz e as relações das populações que têm morado ali foram mediadas pela água. Isso levou a encontros de solidariedade, mas também a tensões que se intensificaram na última década a causa da construção da Variante Oriental de Pasto. Baseados em uma pesquisa colaborativa e no acompanhamento a lideranças comunitárias, neste artigo rastreamos etnograficamente como os habitantes do alto vale de Atriz persistem na gestão comunitária da água, apesar da desconexão de seus sistemas de irrigação e aquedutos. Destacamos como os conhecimentos e as técnicas para consertar e manter as conexões de água, além de sentidos materiais, expressam sentidos associados ao cuidado e à cooperação tecidos em colaboração com a água, que escapam aos critérios de eficácia e eficiência comercial.

Palavras-chave: gestão comunitária da água, rodovia, desconexão, relação urbano-rural, remendo, Pasto

*No hay cicatriz, por brutal que parezca,
que no encierre belleza.
Una historia puntual se cuenta en ella,
algún dolor. Pero también su fin.
Las cicatrices, pues, son las costuras
de la memoria,
un remate imperfecto que nos sana
dañándonos. La forma
que el tiempo encuentra
de que nunca olvidemos las heridas.*
Piedad Bonnett, “Las cicatrices”

Introducción

La variante de la carretera Panamericana, en su paso por Pasto, bordea la periferia oriental de la ciudad (figura 1). A lo largo de sus 22 kilómetros, entre el túnel de Daza y la unión con la antigua vía, a la altura del corregimiento de Catambuco, emergen de repente, de las laderas que hay a lado y lado, extremos de mangueras enterradas, la mayoría de no más de una pulgada.

Las mangueras son indispensables para superar los taludes que se hicieron para romper el paisaje ondulado del alto valle de Atriz con la construcción de la variante y asegurar el flujo del agua. Esta, proveniente de los páramos y cerros que circundan el flanco oriental del municipio de Pasto, es utilizada por campesinos, indígenas y habitantes de barrios periurbanos para el consumo humano y doméstico, pero también para el cuidado de huertas y pequeños animales.

Sin embargo, esto se hace en condiciones inestables. En la vereda Cujacal San Isidro, la manguera del acueducto comunitario que atraviesa la variante amenaza con desprenderse. Por su parte, la del canal de riego está seca desde hace seis años, pues el flujo fue interrumpido por la construcción de un parque logístico al pie de la nueva vía y sobre el ojo de agua que por más de cien años abasteció los usos agrícolas en la zona.

¿Cómo se recomponen las relaciones con y a través del agua en medio de escombros y de un paisaje fracturado? ¿Qué nos enseñan las formas de gestión comunitaria del agua sobre alternativas a la racionalidad económica capitalista dominante?

Queremos responder estas preguntas a partir de las repercusiones que ha tenido el paso de la variante de la Panamericana por Pasto. Una vía que, pensada para conectar y acelerar los flujos de mercancía, ha implicado la ruptura de

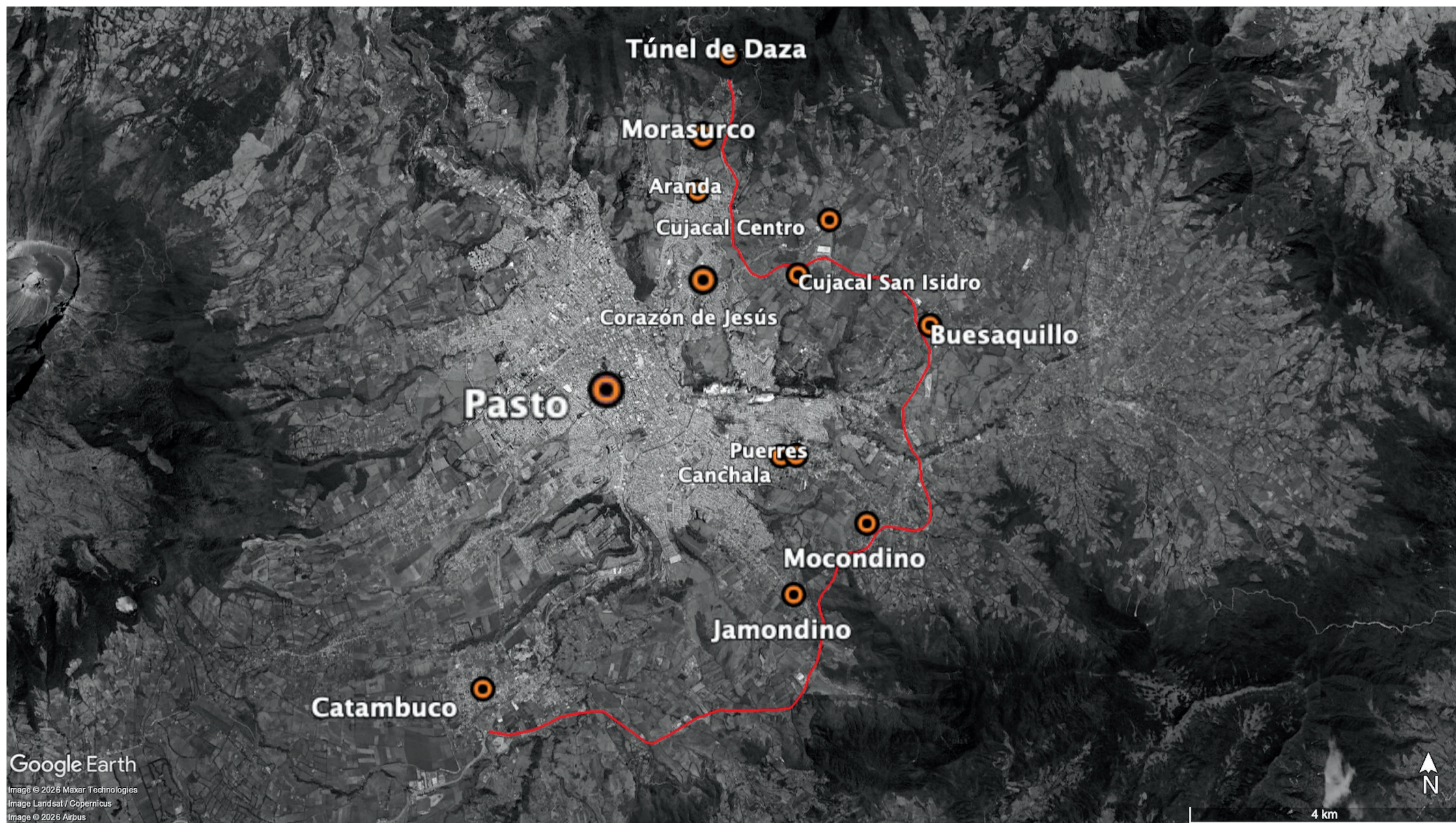


Figura 1. Vista de la Variante Oriental de Pasto

Fuente: Google, Maxar Technologies, Landsat / Copernicus y Airbus, © 2026. Modificado con Google Earth Pro el 7 de febrero de 2026.

ordenamientos territoriales e hídricos preexistentes en el alto valle de Atriz. Aquí las mangueras, que emergen de la tierra y que cuelgan sobre la variante, evidencian el quiebre y la inestabilidad, pero, paradójicamente, son la forma como las poblaciones afectadas mantienen las relaciones comunitarias que históricamente han existido con y a través del agua.

Retomando el epígrafe de este artículo, como cicatrices, las costuras y los parches de las mangueras son memorias vivas de la herida, pero al mismo tiempo, también, de la imaginación para recomponer el territorio y el entramado comunitario. Del tejer y remendar con el agua, para seguir cultivando y construyendo, criando y cuidando.

Las reflexiones reunidas en este artículo recogen una experiencia de investigación colaborativa que en los últimos diez años nos ha llevado a conocer y acompañar las luchas de gestoras y gestores comunitarios del agua en el municipio de Pasto¹. Como resultado de esta relación, nos hemos interesado en rastrear la historia de los acueductos comunitarios y sistemas de riego, y en comprender conflictos actuales y pasados en torno a ello, principalmente en el margen rururbano del valle de Atriz. Para esto ha sido fundamental el desarrollo de un trabajo de campo intensivo, en el que hemos privilegiado la observación etnográfica de prácticas y escenarios asociados al agua, como mingas, asambleas, litigios, además de lo que Radonic y Kelly-Richards (2015) llaman *procesos infraestructurales*. La infraestructura ha sido, pues, un campo ideal de exploración del mundo material, social y simbólico asociado a este elemento, así como de las luchas por su control en distintas escalas.

Este artículo está dividido en tres partes. En la primera nos detenemos en Cujacal San Isidro, lugar en el que hemos acompañado a la Asociación del Canal de Riego desde 2022 en su lucha por traer de vuelta el agua. A partir de este caso mostramos cómo las personas cuyas trochas y mangueras fueron atravesadas por la variante reconectan sus relaciones a través del líquido. En la segunda parte ampliamos nuestra perspectiva al borde oriental del alto valle de Atriz, que, como Cujacal, resultó roto tras la construcción de la variante. Mostramos cómo la historia de las poblaciones ahí asentadas es una de remiendos con el agua que operan en un nivel material, social y político. Finalmente, proponemos algunas puntadas

1 Este artículo también presenta algunos resultados de la investigación de tesis en curso de Tatiana Lopera Lopera en la Maestría en Estudios Socioambientales de Flacso Ecuador: “Remendar con el agua en la frontera rururbana, Cujacal San Isidro (municipio de Pasto, Colombia)”.

para seguir pensando en la gestión comunitaria y en el remiendo con este elemento como una forma de reparación en medio de la precariedad.

Remendar con el agua

“¡Cogerán las uniones!”, exclamó don Enrique Vanegas, fontanero del acueducto comunitario de Cujacal, al filo del talud que cortó la antigua trocha que conectaba las veredas Cujacal Centro y Cujacal San Isidro (en adelante solo San Isidro), hoy interrumpida por la variante de la Panamericana (figura 2). Era la mañana del domingo 27 de octubre de 2024, cuando estuvimos acompañando la primera minga de San Isidro para cambiar la tubería que abastece la vereda.

Don Enrique es un hombre de aproximadamente cincuenta y cinco años, de contextura delgada, ojos claros y tez blanca, marcada por el sol. Creció en Cujacal Bajo y conoció a doña Martha Chinchajoa, del sector de San Isidro, hace más de treinta años. El encuentro ocurrió gracias al camino que unía ambas veredas, por el que ella transitaba diariamente para ir y venir de su trabajo como empleada doméstica en Pasto. Allí se cruzaron y, desde entonces, la vida de don Enrique quedó ligada a la de doña Martha y a San Isidro, en donde construyeron su casa, criaron a sus hijas y hoy comparten el cuidado de un nieto.

Además de fontanero del acueducto, don Enrique ha trabajado como constructor y vigilante en Pasto, oficios que se suman a su participación en la organización comunitaria y en la autogestión de los bienes colectivos de su vereda y de todo Cujacal. Su aporte se da desde un conocimiento práctico del territorio: sabe cómo convocar y coordinar mingas, organizar las fiestas patronales y responder ante los problemas urgentes del agua. Como fontanero, recorre las redes, identifica los daños y atiende las emergencias cuando el líquido deja de llegar.

Al igual que la vida de don Enrique, la vereda San Isidro ha estado entrelazada con el pueblo de Cujacal a través de las relaciones de parentesco, el agua, los caminos y otros bienes comunitarios que han sido esenciales para la subsistencia y reproducción de las familias, así como con la ciudad, escenario cotidiano de trabajo y de intercambio social, cultural y económico.

Aquella fría mañana, don Enrique dirigía la minga junto a Sigifredo Merchancano y Tomás Narvárez, dos líderes emblemáticos de Cujacal cuyas familias han estado ligadas desde hace décadas al proceso de poblamiento y organización comunitaria en esta zona. Don Sigifredo, presidente del acueducto comunitario, proviene de una tradición de liderazgo local que se remonta a su abuelo, Domingo Merchancano, antiguo mayordomo de la hacienda Villa Julia, de la familia Zarama-Astorquiza.



Figura 2. Vista de Cujacal Centro y Cujacal San Isidro, separados por la variante de la Panamericana y las bodegas de Alkosto en el parque logístico Eprocom

Fuente: Google y Airbus, © 2026. Modificado con Google Earth Pro el 7 de febrero de 2026.

Nota. Aparecen además las redes del acueducto comunitario y del antiguo canal de riego.

Tras heredar algunos terrenos de sus antiguos patronos, Domingo impulsó la construcción y el mantenimiento de los primeros bienes comunes del caserío. Don Tomás, un mayor de San Isidro de aproximadamente ochenta y cinco años, continúa participando activamente en las mingas. Hijo de Eulogio Narváez, recuero que vivía y trabajaba entre Yacuanquer y Puerto Asís, y de Praxedes Botina, agricultora del corregimiento de La Laguna, su familia fue de las primeras en asentarse en San Isidro durante las décadas iniciales del siglo XX, constituyéndose así en la raíz genealógica de buena parte de quienes hoy habitan la vereda.

A las espaldas de estos dos hombres estaba la ruptura: el tramo de la trocha que baja a San Isidro, interrumpida por el abismo entre los taludes de la carretera, pero también unida por la delgada tubería del acueducto que cuelga de un extremo a otro de esta. De frente estaba la minga del agua. Una hilera de familias se extendía desde el filo del talud hasta la cima de la trocha, donde esta se une con el camino principal de Cujacal Centro (figura 3). Tras horas de trabajo abriendo una chamba al costado de ese recorrido, mujeres, hombres, niños y niñas, con botas, picos y palas cubiertas de tierra, rodeaban la nueva tubería blanca de PVC que los líderes, junto con el fontanero, acababan de empatar y pegar en sus secciones, dejándola ensamblada para el siguiente paso.

Cuando don Enrique hizo el llamado, los mingueros y mingueras, de manera coordinada, alzaron la tubería cogiéndola de los puntos de empate y la colocaron cuidadosamente en el fondo de la chamba. Luego comenzaron a cubrirla con sus palas. Golpes secos contra el suelo, el roce áspero del metal al levantar la tierra y su sonido arrastrado al caer ocuparon el paisaje, desplazando por un momento el ruido constante de los vehículos de gran tamaño que pasan por la variante.

Desde su trazado inicial, la Variante Oriental de Pasto cortó y ocupó la antigua trocha entre San Isidro y Cujacal Centro, interrumpiendo así el tejido territorial que sustentaba encuentros cotidianos entre sus habitantes humanos y no humanos. Al dividir la trocha, las redes del acueducto y del canal de riego de San Isidro quedaron colgadas sobre la carretera, expuestas y desarraigadas de los caminos que las protegían. Desde 2019, el canal de riego permanece, además, desconectado de su fuente de abastecimiento: un ojo de agua que brota en el predio donde se construyó el parque logístico Eprocom (acrónimo de Efectividad y Productividad para la Competitividad), cuyas obras modificaron el terreno y destruyeron parte de la manguera que conducía el caudal. Como consecuencia, las familias de San Isidro llevan seis años sin agua de riego, en medio de una crisis climática con periodos impredecibles de sequía y lluvia que agravan su situación.



Figura 3. Minga del agua en Cujacal, octubre de 2024

Fuente: archivo personal del autor.

A pesar de las condiciones de vulnerabilidad, la tubería del acueducto sigue transportando el agua para consumo humano que viene desde las faldas del cerro Morasurco, atraviesa la carretera y continúa su recorrido subterráneo por San Isidro. Desde el filo del talud, baja por la trocha, que los mayores de la vereda llaman La Lomita, abasteciendo a parientes y allegados de las familias más antiguas del lugar: Narváez, Botina, Chinchajoa, Chial, Villota, Benavides, Vanegas, Paz, Taimal y Guzmán, así como a nuevas familias que se han asentado en la vereda.

Esta red, que estaban renovando en la minga, sostiene la vida cotidiana de cerca de doscientas personas, organizadas en núcleos familiares que, en su mayoría, habitan San Isidro desde hace tres o cuatro generaciones. Sus oficios tradicionales han sido la agricultura de subsistencia, la crianza de animales menores y la construcción y los trabajos de cuidado, tanto en el campo como en la ciudad. Aunque continúan combinando prácticas de ambos entornos, el trabajo urbano ha ganado relevancia en los últimos años, con el aumento de actividades en el sector de servicios. Al mismo tiempo, la expansión de la ciudad hacia el oriente, junto con la desconexión del agua de riego y el impacto ambiental de la carretera, deteriora progresivamente la diversidad de espacios y labores agrícolas que, durante décadas, sustentaron la vida campesina en la vereda.

¿Cómo habitar la frontera entre la ciudad y el campo? ¿Cómo convivir con la carretera, los escombros, la sequía y las desconexiones tras su paso? ¿Cómo cuidar y reproducir la vida, el territorio personal y colectivo, en estas condiciones? Estos son dilemas vitales que nos encontramos al investigar y acompañar a la comunidad en su esfuerzo por recuperar el agua de riego. Las preguntas y respuestas han sido múltiples, contradictorias y llenas de matices. Sin embargo, las familias de San Isidro nos han enseñado una solución modesta que se despliega en las mingas y en el día a día, con flexibilidad e imaginación, y aprovechando los conocimientos e intercambios que han *criado* a lo largo del tiempo: seguir remendando.

En San Isidro y las comunidades del alto valle de Atriz, remendar es parchar, reunirse a compartir, reparar y cuidar algo en común. Las mangueras y tuberías parchadas, con sus uniones, acometidas y rastros de antiguas redes bajo tierra, dan cuenta de esta práctica, que ha sido clave para autoconstruir y sostener en el tiempo los acueductos y canales de riego comunitarios (y con ellos relaciones materiales, políticas y afectivas entre habitantes humanas y no humanas del campo y la ciudad, con y mediadas por el agua), constantemente expuestos a riesgos e imprevistos, como fugas, cortes, conflictos por el acceso al líquido, desastres sicionaturales o transformaciones territoriales.

En el remiendo se ponen en juego habilidades que los y las habitantes de San Isidro han aprehendido en sus trabajos como obreros, agricultores y agricultoras, o empleadas domésticas, entre otros oficios históricos ejercidos en el campo y la ciudad. De este modo, se trata de algo que está indefectiblemente ligado a un contexto político, cultural y económico marcado por una división sexual y territorial del trabajo que ha asignado roles específicos —y subordinados— a hombres y mujeres de la ruralidad y de las periferias urbanas en procesos de acumulación capitalista y reproducción de la fuerza de trabajo al servicio de esta.

No obstante, los intercambios populares urbano-rurales, las asambleas y fiestas patronales de la vereda, las mingas del acueducto y la capilla, entre otras expresiones del remiendo en San Isidro, nos muestran cómo las fuerzas vitales, junto a los conocimientos y habilidades adquiridos en el seno de una sociedad capitalista enmarañada con lógicas coloniales y patriarcales (Gutiérrez Aguilar y Navarro Trujillo 2019), también están comprometidas en procesos de crianza, cuidado y reproducción de lo común que exceden estas lógicas. Estos procesos resuenan en las reflexiones de las autoras citadas en torno a lo común como relación que *se produce, se practica y se cultiva*. Ellas proponen aproximarse a lo común desde dos perspectivas complementarias. Por un lado, como relación social que se produce cotidianamente y habilita “bienes tangibles e intangibles necesarios para la conservación y reproducción satisfactoria de la vida” (311). Por otro lado, como categoría crítica arraigada en experiencias campesinas, indígenas y populares que, en coexistencia compleja y contradictoria con las relaciones capitalistas, recrean formas concretas de organización de la vida social basadas en la reciprocidad, la cooperación y las capacidades políticas y colectivas para cuidar los ámbitos compartidos (312).

Reunir el agua

El remiendo también se hace andando. El 27 de octubre de 2024, vecinas y vecinos de San Isidro volvieron a recorrer el antiguo trayecto de La Lomita, la carretera que la cortó abruptamente y los caminitos alternos que aún permanecen marcados en los taludes en dirección a Cujacal Centro, donde iniciaría la minga.

Su organización se definió previamente en una asamblea de la Junta de Acción Comunal de San Isidro presidida por don Enrique. A cada familia dueña de una llave del acueducto le correspondió encargarse de un tramo de 9 metros de tubería. Este tipo de decisiones se enmarcan en la norma comunitaria que regula el derecho al agua en Cujacal sobre la base del trabajo colectivo para construir y

mantener la infraestructura. Por ello, la participación en las mingas es obligatoria: cada matrícula implica deberes comunitarios.

Así como la organización de la minga, la instalación de la nueva tubería también fue resultado de un acuerdo social alcanzado en una asamblea en la que se aprobó el aumento del caudal para la vereda. En esta, como en otras discusiones comunitarias en torno al agua, primó el argumento de la antigüedad y la participación sostenida en el acueducto. San Isidro está conectado a este sistema desde 1983, cuando se construyó el acueducto actual abastecido por la fuente La Trocha, un ojo de agua que brota tres kilómetros y medio arriba, en las faldas del Morasurco.

El acceso a esta fuente se logró gracias a las relaciones familiares con la comunidad de La Huecada. En ese entonces, los cujacaes conformaban una sola vereda y la mitad de sus habitantes, incluido el sector de San Isidro, no contaban con acueducto. Fue Alfonso Botina, hermano de don Tomás Narváez, recordado por su liderazgo en la gestión de bienes y servicios esenciales —como el nuevo acueducto, la llegada del bus, la conexión a la energía o las fiestas de la patrona María Auxiliadora—, quien presentó la solicitud para que las quince familias de San Isidro pudieran integrarse, argumentando su pertenencia y colaboración dentro de la comunidad. Como recuerda su hija Marina Botina, actual secretaria del canal de riego:

Yo tenía como unos veinticinco años cuando se cruzó el agua con mingas [...]. Eso se solicitaba, se decía, mire, o sea, el que quiere agua tiene que aportar con trabajo [...]. Toca ir a hacer la minga, toca que ir a ayudar, todos se iban a trabajar allá, a estirar la manguera, a hacer el empalme, pues, como la mayoría de acá trabaja en construcción, sabían hacerlo. (Entrevista telefónica, mayo de 2024)

Las conexiones del acueducto en Cujacal no son únicamente técnicas: expresan relaciones y acuerdos sociales sostenidos a lo largo del tiempo. Tampoco son permanentes ni fijas, pues están sujetas a transformaciones del territorio, como la construcción de la variante, y a debates políticos en torno a los cambios tecnológicos, la distribución del agua y la organización de las mingas. Estas conexiones requieren mantenimiento y defensa tanto material como política, especialmente en espacios como las asambleas, donde se ponen en juego las relaciones hidrosociales, con sus tensiones, grietas y disputas.

En la asamblea en la que se aprobó el aumento de caudal para San Isidro se renovó no solo la conexión material, sino también los lazos sociales y culturales

con el pueblo de Cujacal: vínculos entre vecinos, familiares, compadres y comadres que han sido fundamentales para la vida en la vereda. A pesar de la desconexión, el remiendo con el agua, a través del acueducto comunitario, sigue sosteniendo la relación de San Isidro con el territorio ampliado de Cujacal. Sus redes mantienen el flujo desde el cerro Morasurco hasta la vereda, y con él, un vínculo material, espiritual y cotidiano que sustenta la alimentación, la salud, la educación, el trabajo y la movilidad de las familias.

Criar caminos

Además del acueducto, en San Isidro la recuperación del canal de riego ha estado impulsada por el liderazgo de doña Martha Chinchajoa, referente central en la organización comunitaria en torno al agua. Ella nombra este esfuerzo como la necesidad de *criar los caminos* para que el riego pueda volver a la vereda, una expresión que orientó acciones concretas, como el cuidado y remiendo de las mangueras durante la construcción del parque logístico, el mantenimiento del tanque de distribución del canal, la denuncia y exigencia de soluciones ante las entidades estatales, y la búsqueda constante de nuevas alternativas para el agua, pese a los obstáculos crecientes.

Los linderos del parque logístico han marcado fronteras rígidas en el espacio, asociadas a un uso del suelo con fines comerciales y especulativos, ajeno a las formas campesinas de habitar el territorio y gestionar el agua. En la parte alta del parque se encuentra la vivienda del gerente del proyecto junto al ojo de agua de San Isidro, ambos cercados por alambres de púas, polisombra y un muro de adobe que aíslan la propiedad del resto del pueblo. El cercamiento del territorio y del agua se sumó a la oposición a las tecnologías comunitarias por parte del gerente, quien solicitó a la Corporación Autónoma Regional de Nariño (Corponariño) la revocatoria de la concesión de esta fuente argumentando que conduce “un caudal no autorizado [...] en una manguera de tres (3) pulgadas retaceada, en mal estado y con empalmes inadecuados” (Gepdi 2021, 2).

Durante la construcción del parque logístico, la comunidad intentó proteger la manguera de riego. “Todos íbamos allá: mujeres, hombres, los jóvenes..., y ellos como que lo hacían a propósito, zumbaban con esas máquinas”, recuerda don Tomás, mientras su hija Irma evoca el miedo que les daba pararse en los abismos a sostener la manguera, arriesgando incluso la vida. Las mingas para moverla, parcharla y amarrarla con cauchos se volvieron constantes, pero todo cambió en mayo de 2019, cuando el acceso fue cerrado definitivamente. Continúa don Tomás:

Yo la última vez que fui me metí así atrás. En esos momentos, ya salió con los perros [...]. Así vino a amenazarme como quien decía que tenía perros para que tengamos miedo, ¿no? [...]. Pero nosotros qué le íbamos a robar. “Yo”, como le dije ese día, “señor, don, yo no le vengo a robar nada, sino por lo nuestro, porque esto era de nosotros”. (Entrevista, San Isidro, mayo de 2023)

Luego de este incidente, el canal fue molido por las máquinas y la comunidad quedó “cruzada de brazos..., sin saber por dónde remachamos”, como agrega don Tomás. Desde entonces no llega agua de riego a la vereda y las familias que aún cultivan dependen de los ciclos de lluvias, cada vez más impredecibles. Esta situación fue más crítica en 2020, cuando un verano prolongado coincidió con el inicio de la pandemia. Con la cuarentena, muchas personas se vieron forzadas a volver a labrar la tierra para sostenerse, en condiciones muy difíciles.

Además de algunas soluciones provisionales, como la reutilización de las aguas usadas en los oficios domésticos, a través de mangueras y filtros caseros, para regar los cultivos, doña Martha, en su rol de presidenta de la Asociación Canal San Isidro, organización comunitaria creada para gestionar el canal veredal, ha impulsado acciones legales y políticas para exigir la reconexión a los actores públicos y privados, como derechos de petición, denuncias ante Corponariño, una acción popular, una tutela, protestas y debates en el concejo municipal. Hemos acompañado estas acciones con la Unión de Juntas de Acueductos Comunitarios de Pasto y amigos y amigas solidarios. Sin embargo, estos esfuerzos no han resultado en soluciones concretas.

Por un lado, en general, las decisiones judiciales y administrativas han señalado que se trata de un conflicto entre privados en el que no se afectan derechos fundamentales. Por otro lado, aunque los sanisidros han buscado nuevos caminos para llevar el agua a la vereda, el Instituto Nacional de Vías (Invías) les exige estudios técnicos complejos y costosos para cruzar la variante, al considerar un riesgo cualquier intervención sobre esta.

Frente a estos obstáculos, ¿por qué las familias insisten en recuperar el canal de riego, si para la mayor parte de estas la agricultura ya no es su actividad principal ni garantiza la subsistencia? Esta es una de las preguntas que más nos ha intrigado. Doña Martha y don Enrique no han dejado de movilizarse por el agua, a pesar de que trabajan en la ciudad y su finca familiar no supera la media hectárea. Así mismo, las familias siguen organizando mingas para cuidar el tanque de distribución, aunque permanezca seco.

Lo anterior sugiere que el esfuerzo por recuperar el canal de riego no responde únicamente a una necesidad productiva ni a una lógica económica basada en el

cálculo de costos y beneficios. Su reparación tiene un profundo sentido para la vereda, vinculado al legado común y a la herencia de sus antepasados.

Esta infraestructura, con más de un siglo de historia, fue construida por las primeras familias, *las antiguas*, que trajeron el agua desde la finca San Juan mediante mingas comunitarias. En un inicio, el líquido corría por una acequia que vecinas y vecinos limpiaban varias veces por semana; con el tiempo, esto se transformó en una red de tuberías de cemento y luego en mangueras de tres pulgadas. En cada etapa, las familias sostuvieron el sistema mediante cuotas y mingas, en las que hombres, mujeres y niños se reunían los domingos para chamber, enterrar tuberías y mantener el ojo de agua, un bien común esencial para la agricultura, los animales y, antes de la conexión al acueducto de Cujacal, el consumo humano.

Comadrear y recolectar

San Isidro también se ha construido y remendado con la ciudad y sus habitantes, así como con los materiales y escombros del desarrollo urbano-rural. Como señala la geógrafa Doreen Massey (2004), un territorio no es algo simple, cerrado ni coherente, sino un entramado abierto de conexiones, flujos e influencias. En otras palabras, podríamos decir que la vereda es un nudo que reúne hilos de distintos colores: relaciones, objetos, prácticas e intercambios que se enlazan con otros nudos e hilos, formando un tejido vivo e inconcluso, que constantemente se hace, se deshace, se corta y se remienda.

En esta historia de poblamiento y supervivencia, las familias de San Isidro han estado conectadas desde siempre con la ciudad a través de oficios como cultivar, construir, criar y cuidar, que con el tiempo se han diversificado hacia ocupaciones vinculadas a los servicios urbanos. Especialmente, las mujeres han sostenido una economía reproductiva basada en el cuidado y la crianza de hogares, huertas y animales, y en el trabajo como mayordomas, jornaleras, empleadas domésticas, cocineras, agricultoras y vendedoras de hortalizas y plantas medicinales en plazas de mercado y barrios populares.

La crianza de animales ha sido un pilar fundamental de esta economía y aún se mantiene, incluso cuando muchas han dejado o reducido sus huertas. Como nos comentó Marina Botina: “Mi abuela sabía decir: los cuyes, las gallinas, los marranitos son la alcancía de la mujer del campo. Usted tiene allí, y el día que necesite, se los come o los ofrece” (entrevista telefónica, mayo de 2024).

Barrios como Manantial, Pizarro, La Carolina, Corazón de Jesús, Brisas o San Diego, así como las plazas de mercado de El Potrerillo y, en especial, de Los Dos

Puentes, han sido lugares esenciales en la economía y la historia de las mujeres de San Isidro. Al igual que el pueblo de Cujacal, forman parte del territorio ampliado de la vereda y están conectados por redes *criadas* a partir del intercambio de alimentos, posibles solo por el agua comunitaria. Redes en las que no solo el campo, también los barrios y caminos han sido fuente de trabajo y sustento.

En ese entramado, el barrio Corazón de Jesús, o El Cora, como lo llaman con cariño en la vereda, ocupa un lugar especial. Desde su construcción, en la que participaron hombres de San Isidro como obreros, se convirtió en un punto de encuentro con vecinos y comadres de la ciudad. Allí, se despliega un remiendo de las relaciones urbano-rurales que también se vieron afectadas por la desconexión del agua de riego, a partir de la persistencia y el rebusque de la familia de don Tomás Narváez y doña Aura Taimal.

Por una de las calles más movidas del barrio, cada sábado y desde hace más de treinta y cinco años, bajan con lo cosechado en su huerta para venderlo. Doña Aura llega desde temprano con sus hijas, Irma, Carmen, Clemencia y Claudia; los hijos, Carlos y Pablo, colaboran con el transporte y la carga de los productos. Se instalan en el antejardín de un edificio de tres pisos, prestado por los vecinos, en un puesto sencillo: una sombrilla grande y colorida que da sombra, sostenida por un balde con cemento, con los productos organizados en cajas plásticas y de madera, palanganas y una bolsa negra en la que guardan las plantas aromáticas, llamadas *remedios*.

Todos los sábados, esa esquina del Cora se convierte en un punto de encuentro de mujeres. La compraventa las reúne, pero lo que sucede va más allá: “Son cruces de historias, alimentos y remedios, monedas, risas y consejos, múltiples intercambios entre mujeres populares, sobre todo mayores, del campo y la ciudad” (nota de campo, noviembre de 2023). Se saludan, conversan con confianza y comparten historias sobre sus dolencias: dolores musculares, hinchazón de piernas, tos. Si una vecina no puede pagar en el momento, se le fía sin problema porque saben que luego regresa. En ese ambiente de cercanía y cuidado, los remedios son los más buscados, junto con la acelga.

Para preservar este nudo de encuentros e intercambios, la familia complementa su producción con compras en el mercado de El Potrerillo, donde adquieren alimentos como tomate, brócoli, zanahoria, mote, arvejas y moras. Cuando la cosecha no alcanza, compran la cebolla larga a vecinos de la vereda La Alianza, en Buesaquillo. Así se recomponen las relaciones agroalimentarias con los barrios, sostenidas durante décadas por el agua de riego y que hoy, aunque con incertidumbre, continúan gracias a la lluvia y a la recolección de los productos en las plazas.

Lo que se pone en juego en estas adaptaciones, en un contexto de falta de certezas y precariedad, son distintos remiendos, formas de reparar y recrear las relaciones que sostienen la vida. Y esto se hace con lo que está a la mano: lo conocido, lo *criado*, pero también lo nuevo: carreteras, bodegas, urbanizaciones que, aunque irrumpen en el espacio veredal, son apropiadas y resignificadas. No solo lo externo impone límites; dentro del campo también se disponen cercas, alambres de púas, perros guardianes que restringen el paso y el uso colectivo. Pero estas fronteras tampoco son absolutas: se sortean, con sigilo y astucia, en una forma de adaptación que responde a las condiciones del entorno y a la urgencia de sostener las vidas humanas y no humanas.

Una de las maneras de no dejar morir los cuyes y conejos, cuando la sequía ni siquiera permite que crezca la hierba para alimentarlos, ha sido recolectarla en terrenos privados. Algunas mujeres salen a buscarla para sus animales. Tienen ubicados los terrenos allí donde abunda, cerca de otra infraestructura que delimita el paisaje de la vereda: la Subestación Eléctrica de Jamondino. Para llegar, cruzan el bosque del ojo de agua aledaño a la vereda. Por ese camino frondoso y húmedo, recogen moras silvestres, capulí y cerote. Ahí, bajo las redes de alta tensión, cortan la hierba con la hoz, en silencio y agachadas, procurando no ser vistas, pues saben que no es seguro entrar en terrenos ajenos (figura 4).



Figura 4. Mujer recolectando hierba alrededor de la Subestación Eléctrica de Jamondino, diciembre de 2023

Fuente: archivo personal del autor.

Así como se recolecta la hierba que crece en los pastizales destinados a la ganadería, el arriendo o la especulación de la tierra, también se recogen los escombros que deja la urbanización, tanto fuera como dentro de la vereda, para recomponerla con ellos. Terminadas las obras de la variante y el parque logístico, en la parte baja de San Isidro quedó un camino a medio hacer, rodeado de montañas de residuos. Sin embargo, los vecinos se organizaron para terminar el trazado con ese mismo material y habilitar una vía que conecta directamente con la variante. Además, han contemplado posibles usos comunitarios del terreno, como adecuarlo para construir una cancha, un deseo compartido por todas las familias de la vereda.

Los escombros también han servido para la restauración de la capilla San Isidro Labrador, autoconstruida en 2015 como parte del esfuerzo por recomponer la vereda tras la desconexión con la capilla principal de Cujacal. En ese momento, se alzó un templete sobre el terreno donado por la familia Chial Villota, con materiales como láminas metálicas y de madera, techo de zinc, vigas de guadua y mobiliario adquirido con donaciones de habitantes, allegados y líderes religiosos. En diciembre de 2024 el techo colapsó, así que decidieron construir una nueva capilla, con estructuras metálicas, ladrillo y cemento. También han usado escombros traídos desde la ciudad, los cuales son la base de la nueva capilla.

La capilla es el epicentro de San Isidro. En ella se celebran misas, asambleas, talleres y, cada junio, la fiesta patronal en honor a san Isidro Labrador, con caravanas, juegos y el castillo de alimentos. Además, es un espacio para la economía de la vereda, pues durante las celebraciones se venden comidas y se organizan bingos y rifas con el fin de recolectar fondos para proyectos comunitarios y para traer de regreso el agua de riego. Así, los escombros son una parte del remiendo del agua y de las relaciones urbano-rurales. En diálogo con Felipe Fernández, el uso de estos materiales opera como una forma de reparación que “no significa una intacta restauración de aquello averiado” (2022, 126), sino un mejoramiento que involucra una adaptación, un aprendizaje y una improvisación constantes.

Estos escombros condesan a su vez el vaivén de dos fuerzas entre las que se mueven San Isidro y, como veremos en seguida, otros mundos del alto valle de Atriz. Por un lado, un paisaje que se desmorona, donde la variante y la reconfiguración rururbana en los últimos años producen sistemáticamente roturas territoriales e hídricas. Por otro lado, los restos de ese paisaje, que se vuelven reservas de material y de memoria para recomponer y sostener la vida a través de remiendos y cuidados. A propósito del trabajo de Gastón Gordillo, los escombros terminan siendo materiales “que no pertenecen a nadie y están abiertos a todos; lugares que por ende irradian una espacialidad colectiva a su alrededor” (2018, 316).

El valle de Atriz: una historia de remiendos con el agua

Un kilómetro y medio después del túnel de Daza, la variante de la Panamericana empieza a bordear el oriente del valle de Atriz. Conforme va descendiendo, es posible observar en el costado occidental una antigua capilla doctrinera, y en su contorno algunas casas de tapia y adobe y pequeñas huertas en su parte exterior. Y, sin ningún límite que lo evidencie, aparecen a la vista parches ocupados por casas de cemento, algunas a medio terminar. Se trata de Aranda Pueblo, que, junto con los barrios circundantes, conforman la comuna 10 de Pasto.

Aranda fue uno de los resguardos de origen colonial que existieron en el alto valle de Atriz hasta mediados del siglo XX. Antes de su declaratoria como baldío, en sus cercanías se construyó el cementerio central de Pasto en 1936. Luego, en 1959, a este sitio fue trasladada la cárcel desde el centro de la ciudad. Y en los noventa funcionó en sus inmediaciones el relleno sanitario de Santa Clara.

El cierre del relleno se dio después de movilizaciones que unieron a habitantes de Aranda Pueblo, de los barrios periurbanos de la comuna 10 y de veredas vecinas del corregimiento de Morasurco, debido a los deslizamientos y la filtración de lixiviados en el agua que abastecía los acueductos comunitarios de la zona. La unión de estos sectores urbano-populares y rurales tuvo un antecedente importante, también propiciado por el agua. Si bien la expansión de barrios autoconstruidos por asociaciones de vivienda conllevó tensiones con la población nativa de la parte alta, el abastecimiento del líquido en barrios como Sol de Oriente, edificado a mediados de los noventa en los límites de la comuna 10, se hizo a través de mangueras desde el acueducto comunitario de San Antonio de Aranda. Así mismo, líderes veredales intermediaron en la construcción del acueducto en el barrio Villanueva, vecino de Aranda Pueblo.

Aunque Sol de Oriente, así como la mayor parte de los barrios de la comuna 10, ya está conectado a la red de la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Pasto (Empopasto), en la memoria de sus habitantes ocupa un lugar primordial la asistencia recibida por sus vecinos de la parte alta. Además, ellos siguen alentando procesos organizativos, como la defensa común de Janacatú, una reserva comunitaria amenazada por el plan de expansión urbana de Pasto.

Aranda Pueblo y Villanueva aún dependen de sus propios acueductos para el abastecimiento hídrico. Sin embargo, allí, al igual que en San Isidro, las redes fueron cortadas por la construcción de la variante, por lo que ahora pasan por debajo de la vía. Aunque cuentan con un suministro permanente de agua, la calidad de esta resulta afectada, sobre todo en época de lluvias, por la explotación de una

cantera ubicada en la ladera del cerro Morasurco. Quienes dependen del servicio de Empopasto, en cambio, cuentan con agua potable y permanente durante todo el año. La empresa abastece esta zona de Pasto a partir de dos tanques visibles desde la variante, construidos como parte del proyecto de trasvase de la cuenca del río Bobo.

Además de la diferencia en sus capacidades técnicas, estos tipos de infraestructura condensan dos formas de relación hidrosocial. Una, como parte del entramado comunitario de Aranda y Villanueva, garantiza la participación de sus usuarios en el manejo del sistema, con la obligación de contribuir en los trabajos de construcción y mantenimiento y con el pago de una cuota mínima. La otra, mediada por una relación mercantil, fue erigida como parte del plan de expansión de Empopasto, destinada a promover el crecimiento urbano, con el fin de incluir, además del barrio de Aranda, áreas de los corregimientos de Morasurco y Jamondino, y la reubicación de infraestructuras logísticas y de servicios en torno a la variante, tal como ha sucedido con Eprocom.

Antes de adentrarse en el corregimiento de Mocondino, la variante atraviesa el río Pasto, principal fuente del acueducto de la ciudad. La construcción de este sistema a mediados de la década de los treinta implicó el control de las cuencas del alto valle de Atriz, y con esto una alteración de los usos tradicionales del agua. Guardabosques designados en 1938 por el Concejo de Pasto, que tenían entre sus funciones “velar porque las aguas [del] acueducto público de la ciudad no se distraigan en riegos para los potreros o sementeras, o se abran zanjas u otros trabajos semejantes que las enturbian o disminuyan” (“Por el cual se adopta” 1938, f. 141 r.), catalogaron de manera frecuente los usos del agua de las parcialidades indígenas como un “desperdicio”.

También los propietarios de extensos fundos ubicados a las afueras de Pasto obstaculizaron el abastecimiento de las parcialidades indígenas. Por ejemplo, la familia De la Rosa, perteneciente a la élite política de la ciudad, disputó el agua que usaban los habitantes de Mocondino, Puerres y Canchala a lo largo de las décadas de los treinta y cuarenta. Argumentando ser “dueños exclusivos de las aguas” (“Documentos” 1941-1942, f. 45 r.) y apoyados por el aparataje institucional del municipio, lograron que los cabildos fueran multados y sus miembros encarcelados por supuestos desvíos de los cauces que nacían en los resguardos y corrían por ellos antes de llegar a sus haciendas Mercedario y El Tejar.

Los desvíos denunciados eran las acequias secundarias o pajas de agua, desprendidas de las acequias principales, de las cuales se abastecían las familias de la zona para el consumo humano y las labores agropecuarias. En los litigios en los

que se vieron envueltos, los indígenas argumentaron que estas zanjas, construidas y mantenidas desde tiempos antiguos por medio de la minga, les habían permitido “acostumbrar” el cauce y uso de las aguas. Además, afirmaron que habían ideado estrategias para no ser descubiertos por los guardabosques y comisarios encargados de vigilar. Por ejemplo, los chorros, infraestructuras rudimentarias a donde llegaba el flujo desde la acequia principal, estaban ubicados en hondonadas y cercados por la vegetación. Al ser compartidos por varias familias, estos eran escenarios sociales preponderantes, ya que allí se forjaban relaciones de cuidado, principalmente entre mujeres, niños y niñas. Además, congregaban a otros “usuarios”, como animales, plantas y entidades no humanas estrechamente asociadas con el agua en las comunidades del alto valle de Atriz, entre ellas el Duende, la Vieja del Monte o Turumama y la Viuda.

En este contexto, el cuidado del agua y el mantenimiento de la infraestructura implicaban también eliminar cualquier obstáculo que detuviera el flujo del líquido. En uno de los litigios presentados entre 1940 y 1941, la señora Carmela de la Rosa de Gavilanes, propietaria de la hacienda El Tejar, denunció a varios indígenas de Puerres y Canchala por destruir un tanque y una cañería y por sustraer un tubo de hierro que servían para traspasar las aguas de Puerres a sus terrenos (“Documentos” 1940-1942, f. 266 r.). En su defensa, los indígenas señalaron que, como era costumbre, habían hecho la limpieza del cauce quitando todo obstáculo, natural o artificial, de la corriente. Además, manifestaron con ahínco que el agua era una “necesidad esencial” y que no podía justificarse su entrega, solo por influencia política, a quienes no la necesitaban ni tenían derecho a ella (f. 269 r.).

Las estrategias utilizadas por las parcialidades y cabildos de Mocondino, Puerres y Canchala dan cuenta de las diversas formas de remiendo puestas en marcha para garantizar los usos múltiples del agua, además de los vínculos comunitarios tejidos con humanos y no humanos. A través de sus acciones demostraron que el derecho común y público de acceder a este elemento, que beneficiaba también a la gente de Pasto mediante el cultivo y comercio de los alimentos que producían, era indisoluble de los trabajos de construcción, reparación y cuidado de la infraestructura, en este caso la acequia artificial.

Aunque el sistema siguió dependiendo del trabajo colectivo, de normas y organizaciones propias, con la transformación de la acequia en acueducto entubado, en 1973, la mayor parte de las labores de cuidado y reparación de la infraestructura se concentraron en los fontaneros.

A diferencia de otras actividades de reparación, en las que aquellos que las realizan ocupan un lugar “tras bambalinas” (Chávez Carvajal 2024, 46), la de los

fontaneros tiene gran visibilidad en sus comunidades, sobre todo cuando estos destacan por sus habilidades técnicas y la pericia para detectar rápidamente las fallas. En Mocondino se evoca con especial afecto a Francisco *Pacho* Pinto, el primer fontanero del acueducto, quien ejerció este oficio durante dieciocho años. Se recuerda especialmente la destreza que demostró cuando se presentó el deslizamiento que destruyó La Toma, la principal fuente del sistema, pues evitó que hubiera un desabastecimiento total de agua. Mecías Jojoa, quien para entonces era presidente de la junta del acueducto de Mocondino, rememora así su labor en esa ocasión:

Él sí era bien avisado y dijo: “Hay que hacer un tajamar”. Claro, entonces se colocó una tubería para que el pueblo, mientras se hacía, no sufra; fíjese lo que es, eso pasó ahí. Entonces hicimos una tubería, le pusimos una malla y la conectamos en el agua, mientras se lo reformaba el tanque. (Entrevista, Mocondino Alto, septiembre de 2019)

Se puede señalar, siguiendo a Montoya Domínguez, que los fontaneros son “depositarios de sabiduría popular que ha evolucionado, se ha adaptado y transformado a las condiciones ambientales a lo largo de la existencia del acueducto” (2017, 190). Sin embargo, lo anterior debe matizarse en dos sentidos. Por una parte, por su papel y capacidad en el control de los flujos, los fontaneros tienen un grado importante de poder dentro de sus comunidades, ya que pueden llegar a favorecer o perjudicar a algunos usuarios. A propósito, Nikhil Anand (2011) muestra el rol que cumplen para regular la presión en el suministro del agua en Bombay y su posición privilegiada en el entramado de poblaciones urbanas marginales y de actores gubernamentales, tanto políticos como técnicos, encargados de administrar el abastecimiento. Por otra parte, debe considerarse que el aumento de exigencias estatales a los prestadores del servicio de acueducto, inclusive a las pequeñas comunidades rurales, ha impactado en el tipo de habilidades aprendidas por los fontaneros, muchas veces legadas de generaciones anteriores a través de una tradición familiar. En Colombia, esto ha sido promovido por instituciones como el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) o la Superintendencia de Servicios Públicos Domiciliarios mediante programas de capacitación para ellos y para los integrantes de las juntas directivas de los acueductos comunitarios en temas relacionados con el manejo técnico, operativo y administrativo.

Este tipo de exigencias puede leerse como una continuidad de modos liberales de organización de lo público, de acuerdo con los cuales, en contraste con

las formas de ejercicio político comunitario, hay que delegar en instancias especializadas “la capacidad colectiva de intervenir en asuntos generales que a todos incumben” (Gutiérrez Aguilar y Navarro Trujillo 2019, 300). En este marco, los sistemas comunitarios tienden a ser considerados como meras infraestructuras sujetas a “criterios de eficacia y eficiencia mercantiles”, y las organizaciones creadas para su manejo, como “simples administradoras de una infraestructura” (Bedoya Santamaría y Márquez Valderrama 2017).

En el ámbito del municipio de Pasto, como hemos mostrado, diversos actores privados (empresarios, hacendados) y públicos han difundido a lo largo de décadas una visión de los sistemas comunitarios como ineficientes y obsoletos tecnológicamente. Esa visión ha sustentado en los últimos años la política para la gestión empresarial de los acueductos (Secretaría de Gestión Ambiental 2018). A la par, sin embargo, varias organizaciones locales se han integrado desde 2015 en una red de acueductos comunitarios con el fin de hacer frente al discurso y la política municipales, reivindicando la relevancia social, política y cultural que ha tenido la gestión colectiva del agua en la historia de sus comunidades y resaltando el lugar de estas infraestructuras como patrimonio de todos los que allí habitan. Además, han enfatizado su papel en el abastecimiento del municipio, que ha alcanzado casi el 20% del total de la población, aproximadamente ochenta mil personas.

En este sentido, el remiendo con el agua aparece como una forma de acción política opuesta al derrumbamiento de los mundos del agua en el alto valle de Atriz, y, así, como parte del sostén que mantiene la vida en común en estos lugares.

Consideraciones finales

En su trabajo sobre los hongos *matsutake*, la antropóloga Anna Tsing (2023) nos muestra cómo, incluso en los paisajes más devastados por el capitalismo, bulle la vida, y nos llama a entender que, en el estado actual de precariedad global, no tenemos otra opción que buscar la vida entre las ruinas. También, inspirado en la idea del *pensamiento del mundo roto* de Steven J. Jackson, Hugo Chávez Carvajal nos sugiere “utilizar la ruptura, la erosión, la descomposición y la decadencia como una provocación” que nos lleve a ver las prácticas discretas que rehacen la continuidad de la existencia cotidiana a través de la reparación (2024, 46). Siguiendo el eco de estos llamados, nos hemos propuesto comprender por qué y cómo, en medio de la devastación causada por la histórica imposición de usos indeseables del suelo, la creciente mercantilización de la tierra o el desprecio generalizado de las formas de gestión comunitaria del agua, quienes habitan el alto valle de Atriz

siguen comprometidos en mantener sus vidas en común, con sus bienes construidos, preservados y administrados comunitariamente, como acueductos y sistemas de riego.

¿Qué nos enseñan estas personas, sus modos de hacer y sus formas de arreglar el mundo? Intentamos responder esta pregunta a partir de lo que hemos aprendido de aquellos que habitan el alto valle de Atriz. Y, particularmente, de lo que nos ha mostrado la gente de San Isidro, de quienes nos ha conmovido que, a pesar de las situaciones críticas que han enfrentado, continúan haciendo lo que siempre han hecho: remendar.

En sintonía con trabajos que han abordado la antropología de la reparación (Chávez Carvajal 2024; Fernández 2022), las formas de remiendo que documentamos aquí constituyen prácticas materiales, afectivas y cognitivas que, más que corregir fallas, revaloran objetos, infraestructuras y territorios considerados obsoletos o prescindibles. Las mingas, el quehacer de fontaneros, la reutilización de escombros, la reventa de hortalizas y remedios en barrios populares, así como las acciones legales y las alianzas de organizaciones comunitarias, conforman un campo fructífero de invención política y técnica que desborda los criterios hegemónicos de eficiencia y la visión dominante que privilegia la acumulación y mercantilización del agua y la tierra. A su vez, estas prácticas configuran un compendio de formas de cuidado que mantiene vigentes vínculos intergeneracionales en torno a infraestructuras heredadas, memorias comunales y posibilidades de vida compartida en estrecha colaboración con las fuentes hídricas.

Así, en las ruinas del desarrollo vial y logístico, y en escenarios de despojo, la recomposición de lo común pasa por asumir que el agua es una aliada en trabajos de remiendo que mantienen abierto el horizonte de otras maneras de habitar la frontera rururbana. Esto lleva a considerarla como un coconstituyente de la vida social (Krauze y Strang 2016, 633) y no, como bien lo señalan Alejandro Camargo y Juana Camacho, “como un elemento pasivo sujeto a la dominación humana o como el telón de fondo donde ocurren los hechos sociales” (2019, 15). Estos autores proponen pensar el poder del agua a través de eventos empíricos que muestren “su capacidad de producir cambios en el ambiente y la sociedad” (15). En el alto valle de Atriz hemos encontrado cómo los deslizamientos, las sequías e incluso la llegada y aparición de vírgenes y santos patronos en nacimientos y corrientes hídricas nos hablan, además, del papel del agua en la creación recíproca de los humanos, las manifestaciones no humanas y el ambiente, lo que, según María Isabel Galindo Orrego (2019), constituye una trama de relaciones telúricas. También el repertorio de conocimientos y técnicas que han permitido la preservación de

acueductos y sistemas de riego hacen parte de esta trama, o del *vivir bien con el agua*, como lo manifiesta la Red de Acueductos Comunitarios Rurales del Municipio de Pasto (2015).

Y, finalmente, también nosotros hacemos parte del remiendo, en la medida en que acompañamos la vida y los trabajos de quienes se dedican a cuidar y defender el agua. Esto ha implicado una atención permanente al marco de realidad en que se produce nuestra apuesta por una *copresencia radical* (Morales-Magaña 2019). Pero al mismo tiempo ha exigido un reconocimiento constante de las luchas por preservar y producir modos alternativos de gestión del agua que, más allá de eso, desafían el monopolio de las prácticas modernas de definir, hacer y habitar la naturaleza (Cadena 2015).

Referencias

- Anand, Nikhil.** 2011. "Pressure: The PoliTechnics of Water Supply in Mumbai". *Cultural Anthropology* 26 (4): 542-564. <https://doi.org/10.1111/j.1548-1360.2011.01111.x>
- Bedoya Santamaría, Elena y Javier Márquez Valderrama.** 2017. "El 1898 de 2016: un decreto que seca los acueductos comunitarios". Red Nacional de Acueductos Comunitarios de Colombia. <https://redacueductoscomunitarios.co/2017/09/04/el-1898-de-2016-un-decreto-que-seca-los-acueductos-comunitarios/>
- Cadena, Marisol de la.** 2015. "Uncommoning Nature". *E-Flux Journal* 65, mayo. <https://www.e-flux.com/journal/65/336365/uncommoning-nature/>
- Camargo, Alejandro y Juana Camacho.** 2019. "Convivir con el agua". *Revista Colombiana de Antropología* 55 (1): 7-25. <https://doi.org/10.22380/2539472X.567>
- Chávez Carvajal, Hugo.** 2024. "Antropología para un mundo roto: propuestas teórico metodológicas para investigar obsolescencia, reparación y reuso de tecnología". *Post(s)* 10 (1): 36-55. [https://doi.org/10.18272/post\(s\).v10i1.3296](https://doi.org/10.18272/post(s).v10i1.3296)
- "Documentos del proceso promovido por Carmela de la Rosa de Gavilanes y su esposo Luis E. Gavilanes contra los cabildos de Mocondino, Puerres y Canchala".** 1940-1942. Archivo Histórico de Pasto, fondo Cabildo de Pasto, caja 358, libro 1, ff. 247 r.-285 r.
- "Documentos sobre procesos por conflictos entre Braulio R. de la Rosa y los cabildos de Mocondino, Puerres y Canchala".** 1941-1942. Archivo Histórico de Pasto, fondo Cabildo de Pasto, caja 353, libro 3, ff. 42 r.-50 v.
- Fernández, Felipe.** 2022. "Construir y reparar frente al desabastecimiento: Estado, provisión de agua e infraestructura en Buenaventura, Colombia". *Revista Colombiana de Antropología* 58 (2): 105-129. <https://doi.org/10.22380/2539472X.2125>

- Galindo Orrego, María Isabel.** 2019. “Viviendo con el mar: inestabilidad litoral y territorios en movimiento en La Barra, Pacífico colombiano”. *Revista Colombiana de Antropología* 55 (1): 29-57. <https://doi.org/10.22380/2539472X.569>
- Gepdi (Gerencia Gestión y Promoción de Desarrollos Inmobiliarios).** 2021. Solicitud de revocatoria de la Resolución n.º 00473 de 2019 de Corponariño. Derecho de petición dirigido a Corponariño, 25 de octubre de 2021. Archivo de la Asociación Canal San Isidro.
- Gordillo, Gastón R.** 2018. *Los escombros del progreso: ciudades perdidas, estaciones abandonadas y deforestación sojera en el norte argentino*. Siglo XXI.
- Gutiérrez Aguilar, Raquel y Mina Lorena Navarro Trujillo.** 2019. “Producir lo común para sostener y transformar la vida: algunas reflexiones desde la clave de la interdependencia”. *Confluências* 21 (2): 298-324. <https://doi.org/10.22409/conflu.v21i2.34710>
- Krauze, Franz y Veronica Strang.** 2016. “Thinking Relationships through Water”. *Society & Natural Resources* 29 (6): 633-638. <https://doi.org/10.1080/08941920.2016.1151714>
- Massey, Doreen.** 2004. “Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización”. *Treballs de la Societat Catalana de Geografia* 57: 77-84. <https://raco.cat/index.php/TreballsSCGeografia/article/view/247695>
- Montoya Domínguez, Estefanía.** 2017. “Los acueductos y sistemas de distribución de agua comunitarios en el área rural de Bogotá y la gobernanza del agua en la ciudad”. Tesis de maestría en Medio Ambiente y Desarrollo, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Morales-Magaña, Marcela.** 2019. “Más allá de la calidad: hacia un monitoreo integral comunitario de agua”. *Cuadernos de Trabajo de la Red Waterlat-Gobacit* 6 (2): 36-54. <https://doi.org/10.5281/zenodo.7529735>
- “Por el cual se adopta una serie de medidas para la defensa de los bosques y aguas, se crean unos funcionarios y se disponen de multas para las infracciones”.** 1938. Archivo Histórico de Pasto, fondo Cabildo de Pasto, caja 318, lib. 2, ff. 140 r.-142 r.
- Radonic, Lucero y Sarah Kelly-Richards.** 2015. “Pipes and Praxis: A Methodological Contribution to the Urban Political Ecology of Water”. *Journal of Political Ecology* 22 (1): 389-409. <https://doi.org/10.2458/v22i1.21115>
- Red de Acueductos Comunitarios Rurales del Municipio de Pasto.** 2015. “El agua es una causa de todos”. Manuscrito no publicado.
- Secretaría de Gestión Ambiental.** 2018. “Línea base acueductos suburbanos y rurales del municipio de Pasto-Nariño: proyecto construcción, mejoramiento y preservación de sistemas de acueducto alcantarillado del sector rural y suburbano del municipio Pasto”. Secretaría de Gestión Ambiental, Alcaldía de Pasto.
- Tsing, Anna.** 2023. *Los hongos del fin del mundo: sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Caja Negra.